

*Fernando López Aguilar, Laura Solar Valverde
y Rodrigo Vilanova de Allende**

El Valle del Mezquital. Encrucijadas en la historia de los asentamientos humanos en un espacio discontinuo

—¿Y qué han encontrado?

—Pues nada.

Pensó un poco y afirmó:

—Seguramente son teóricos. Traen alguna teoría...

Está bien, por algo se empieza.

*Carmen Guerrero,
San Bartolo Ozocalpan, Valle del Mezquital*

I

Villaseñor y Sánchez, en el *Theatro Americano* (1746) fue, tal vez, uno de los primeros en usar el término Mezquital para referirse a la vieja *Teotlalpan*: “_ está situada [Ixmiquilpan] al Norte, quarta al nordest respecto de México, de donde dista veinte leguas a la entrada del Mezquital en donde escasea su caudal la república de las Nubes” (Villaseñor y Sánchez, 1952:139). Desde entonces, la definición del Valle del Mezquital ha sido ambigua debido a la amplitud de su carácter histórico, cultural, político y fisiográfico, y los investigadores lo han delimitado en función de su propia problemática de investigación. Desde nuestra perspectiva, se demarca por una serie de elevaciones hacia el norte y este que lo separan de las llanuras y sierras de Querétaro e Hidalgo, y hacia el sur y oeste, por los parteaguas de la Cuenca de México y el valle de Toluca, y equivale a la cuenca alta de los ríos Tula-Moctezuma (López Aguilar, 1997:13-26).

Por tratarse de un área topográficamente demarcada y contemplar en su interior una amplia diversidad de ambientes que varían de zonas montañosas, escarpes profundos y cañadas, hasta la formación de subcuencas y valles pequeños, existen comunidades ecológicas particulares adaptadas a las condiciones locales (González Quintero, 1968).

* Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).



● Fig. 1 Valle del Mezquital

Al abarcar una fracción de los actuales estados de Hidalgo, México y Querétaro, el Valle del Mezquital forma parte del límite septentrional del Altiplano Central (fig.1). Su posición en el vasto territorio mexicano ha sido un factor importante en el devenir histórico de sus pueblos y ha impregnado en ellos características sociales y respuestas culturales específicas.

No es difícil imaginar que en ciertos aspectos el desarrollo cultural de los grupos humanos que se asentaron en esta área fuera ajeno a lo que, a partir del concepto "Mesoamérica", se maneja para caracterizar al tiempo prehispánico. De ahí que se le haya visto como extraño a la historia de las grandes manifestaciones culturales del centro de México y otras áreas. Esto último le ha reservado una postura que queda parcialmente comprendida dentro de la fluctuante "Mesoamérica Marginal".¹

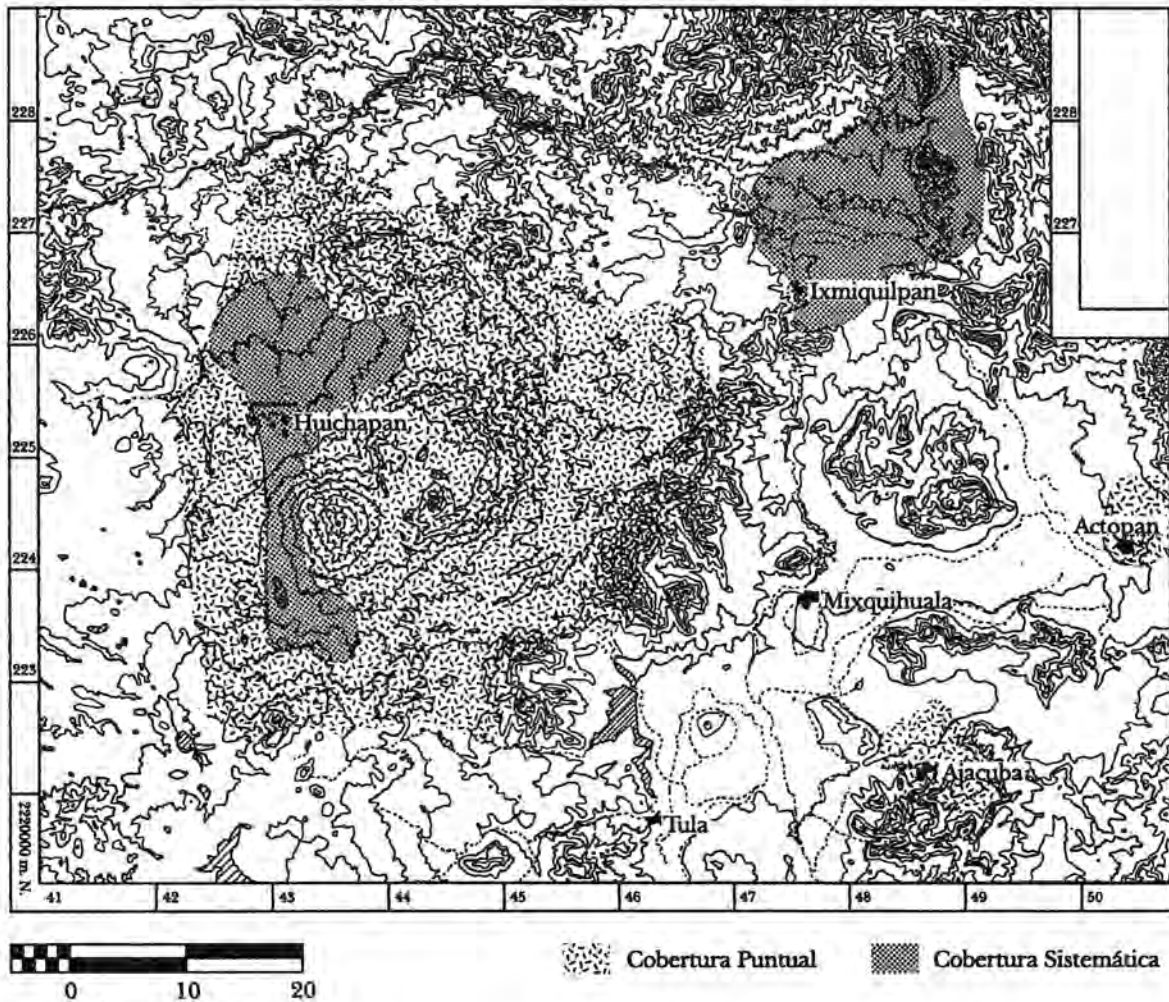
¹ A partir de la definición de Mesoamérica por Paul Kirchhoff (1943) y de la posterior propuesta de su límite septentrional como una línea fluctuante (Armillas, 1964), se conoce a la franja comprendida entre los puntos de máxima expansión y contracción como "Mesoamérica Marginal" (Braniff, 1974). Este término se sigue utilizando, a pesar de que Braniff ha reconocido lo impropio de la noción de marginalidad "pues incluye conceptos de retraso cultural" (Braniff, 1994: 115). Nosotros disentimos de su uso, además, por la relación centro-periferia que implica, con un núcleo unívoco.

Sin embargo, la localización del Valle también le asignó un papel de gran importancia que discretamente permaneció a lo largo de los siglos. Justamente es la condición fronteriza la que incluye a nuestra región en un contorno que reafirma la distancia entre unos grupos y otros, y a la vez su existencia. Ése es precisamente el papel que jugó el Mezquital en el pasado, como espacio social que difusamente penetró en los extremos... fue propio y ajeno. A nivel de presencia material, es lo teotihuacano, lo tolteca, lo mexicana, pero además es lo coyotlatelco, el Bajío, la intrusión chichimeca, Occidente, y es también particular y distinto en sus manifestaciones locales que igualmente se mueven y transforman.

Las diferentes propuestas de investigación para acercarnos a la comprensión del Mezquital, cuyas bases teórico metodológicas se han enriquecido y transformado (López Aguilar, 1994a; 1994b; López Aguilar *et al.*, 1988; López Aguilar [coord.], 1994; López Aguilar y Viart, 1993; López Aguilar y Bali, 1995),² se dirigen hacia la identificación de dinámicas e interacciones entre los grupos que ahí se asentaron, en un ámbito que considera crucial las fronteras espacio-temporales que se crearon entre ellos.

Los alcances de la noción frontera y su importancia para comprender la dinámica de las sociedades en el pasado, han sido ampliamente discutidos (Renfrew y Level, 1979; Brambila, 1996; López Aguilar y Bali, 1995; Raffestain, 1986). Desde nuestra perspectiva, se trata de un espacio —dimensional que se construye a partir de la interacción de entidades distintas, conformadas con una personalidad, dinámica y

² Al principio la investigación se realizaba desde la perspectiva teórica de la arqueología social, caracterizada por su determinismo, monismo metodológico y una epistemología dura asociada con el positivismo lógico. A fuerza de la confrontación con una realidad antropológica compleja y multideterminada se percibieron sus limitaciones para formular una interpretación coherente, de manera que ahora se exploran las alternativas derivadas de las ciencias de la complejidad y de las visiones pospositivistas y antipositivistas de la filosofía de la ciencia: el que se conozca algo mil veces no va a cambiarlo, mientras no se conozca de una manera distinta.



© Fig. 2 Área recorrida

trayectoria propias que no representan la periferia de un centro (Ibáñez, 1993), sino el lugar de comunicación e intercambio entre diversidades. Así, el espacio no es sinónimo de territorio, aunque los procesos de intercambio y comunicación pueden reflejarse en él; además puede haber fronteras internas y externas en función de las trayectorias estables, semiestables e inestables de los componentes del tejido social, que conforman sus parámetros dimensionales, siempre cambiantes en series de tiempo (López Aguilar y Bali, 1995).

Nuestra necesidad no es la de establecer cuál es la normalidad de un sistema (*i.e.* el estadio promedio) y proceder a hacer predicciones con base en esta terriblemente estadística conser-

vación y tendencia del sistema a la “regularidad”, sino desarrollar nuevas opciones interpretativas. Así, al estudiar la historia de las transformaciones y evoluciones se manifiestan tendencias que se alejan del equilibrio (Allen *et al.*, 1996:39).³

³ Buscar el punto medio en un sistema complejo (como lo es una ciudad o el patrón de asentamiento) es encontrar un elemento del sistema (o, incluso, todo el sistema) en decadencia; una región en un punto crítico que ha sido “alcanzada” por la entropía, reduciendo sus interacciones a un nivel en el que toda observación o predicción se vuelven innecesarias. Prigogine afirma que un sistema cercano al equilibrio puede explicarse linealmente, mientras que “lejos del equilibrio, la situación cambia radicalmente: la no linealidad está acompañada de una variedad sorprendente de soluciones y comportamientos” (Prigogine, 1996:172).

El problema es, entonces, comprender la forma en que una trayectoria dinámica responde ordenadamente (al grado de ser explicable y definible) (Petitot, 1996:335-336), a partir del estudio de las situaciones límite en las que se haya encontrado (fronteras culturales, colapsos, crisis sociales, guerras, etcétera).

Durante trece años de trabajo en la región, en el intento de comprender la historia local, se ha llegado a una serie de resultados y se ha abierto un mundo de interrogantes, cuya reflexión nos obliga a observar este espacio a una escala que contempla las particularidades como partes integrantes de un complejo social que no conoció estrictos límites territoriales. La interpretación que aquí se presenta de una parte de la historia regional es resultado de una lectura que integra la evidencia arqueológica, los testimonios históricos y etnográficos y la aplicación de modelos derivados de las teorías de la complejidad.

II

Entre otras, una de las posibilidades de acercamiento a esta historia la ha proporcionado el reconocimiento integral de superficie que actualmente rebasa los 600 km² de terreno cubierto sistemáticamente (fig. 2) y los 1 500 km² de áreas parcialmente cubiertas, cuya selección ha correspondido a búsquedas específicas de acuerdo con alguna problemática particular. Para la primera estrategia se ha desarrollado una variante de la cobertura total, parcela por parcela, y para la segunda, se han hecho análisis previos para definir áreas potenciales a las que se ha accedido de manera puntual.⁴ La prospección arqueológica de esta forma, ha resultado en nuestro acercamiento a la distribución de los asentamientos humanos en el pasado a partir de la localización de sitios, desde aquellos

⁴ La definición de áreas potenciales se realiza integrando múltiples variables. En las cartográficas se sobreponen las unidades edáficas, geológicas, hídricas y climáticas propicias a la agricultura o al desarrollo de algún asentamiento humano; sobre ellas se realiza la fotointerpretación y se complementa con la recopilación de testimonios etnográficos locales por medio de entrevistas.

que se expresan de manera aislada y discreta en el terreno, hasta los que contemplan la existencia de unidades arquitectónicas y comunidades extensas distribuidas en torno a ellos.

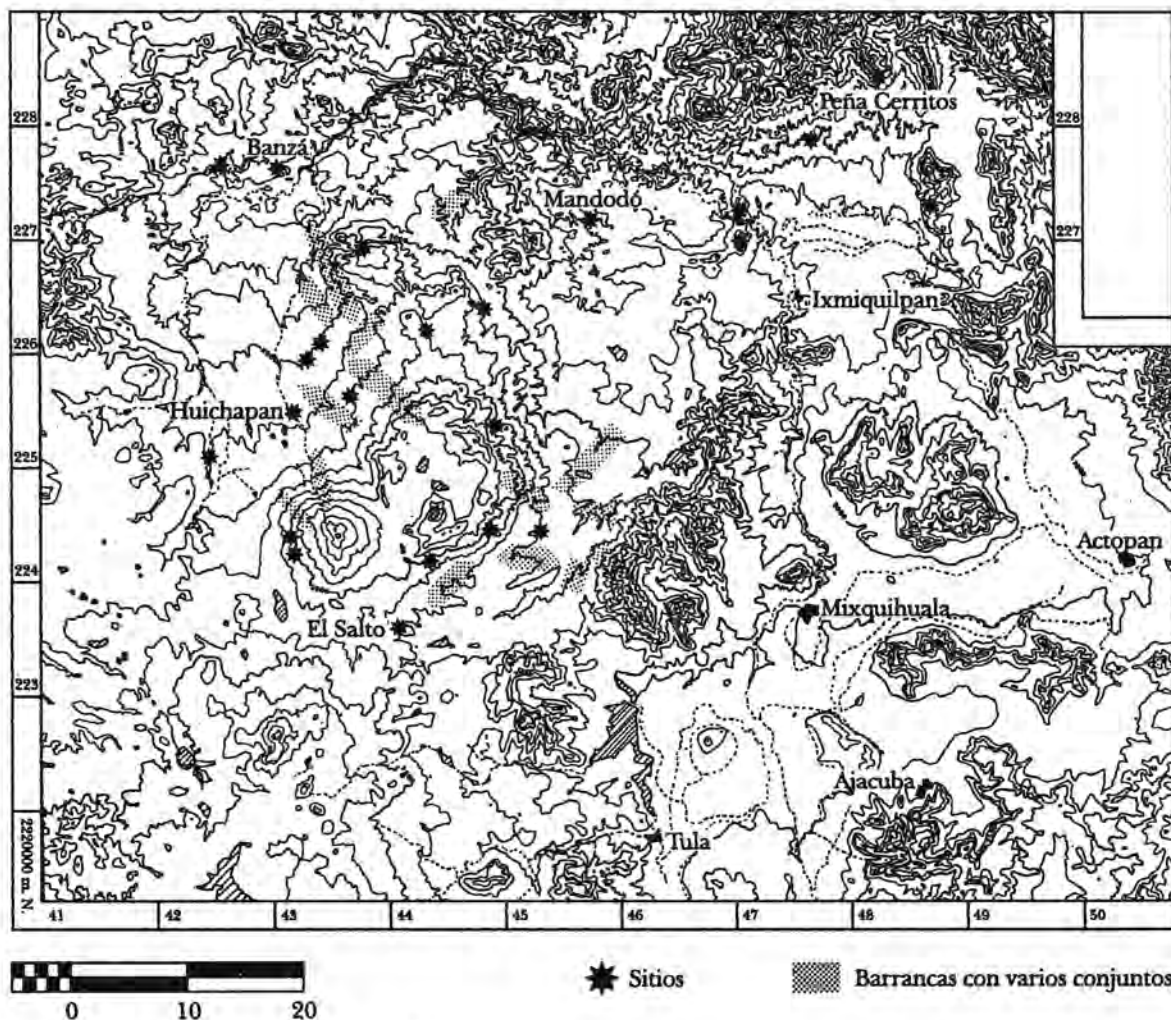
Se ha puesto énfasis en esta herramienta de la investigación arqueológica obedeciendo a una estrategia de acercamiento regional y a la necesidad de muestrear la diversidad social a distintas escalas, lo que además permite la detección de anomalías dentro del comportamiento general.

La designación de pertenencia a una filiación específica para situar relativamente a un asentamiento en el espacio y el tiempo, parte de la aplicación de los principios *ante cuem/post cuem* (Barker, 1977:188-202) aplicados a la prospección, tomando en cuenta que hasta no conocer a fondo y mediante excavación los procesos específicos de formación y transformación de un contexto, no es factible establecer una correlación lineal entre una mayor abundancia relativa de tipos cerámicos con una cronología y una cultura determinadas. Sin negar el fenómeno migratorio como propiciatorio de ciertas transformaciones (de hecho la historia otomí a partir de su narración en las fuentes representa un proceso de este tipo), a los colapsos abruptos y a las presiones externas como generadoras de cambios, la adopción y adaptación de distintas tradiciones materiales puede en ocasiones entenderse como resultado de la paulatina modificación en el estilo de vida de un mismo grupo humano.

Nuestras reflexiones parten de una visión global y se fortalecen con los resultados obtenidos mediante la excavación de sitios y contextos clave para cada periodo y manifestación cultural. Los mapas de distribución representan esa primera aproximación a la conducta de los materiales en superficie.

III

El comportamiento de los sitios de filiación material del altiplano, con sus respectivas adaptaciones, en relación con la presencia de rasgos



● Fig. 3 Sitios y barrancas con pictografías

culturales provenientes de otras áreas y una serie de manifestaciones locales, interactuando en distintos niveles cronológicos y funcionales, desemboca en una múltiple conformación de espacios que sólo encuentra validez como resultado de un proceso social que debió iniciar temprano en la época prehispánica.

Se consideran como manifestaciones culturales más antiguas aquellas representadas por la recuperación fortuita de artefactos líticos identificados como paleoindios (hacia el área de Ixmiquilpan, Cardonal y Tecozautla, en el extremo norte del valle) y la existencia de sitios en abrigos rocosos, la mayoría de ellos con pintura rupestre. En los abrigos de Peña Cerritos,

Banzá, El Salto y Mandodó se distinguen, entre las manifestaciones pictóricas halladas en ellos, manos pintadas al negativo con pigmentos rojo y negro, y representaciones zoomorfas comunes en escenas de caza (figs. 3 y 4) (López Aguilar y Trinidad, 1987; López Aguilar y Fournier García, 1990). Este tipo de imágenes suele vincularse a grupos cazadores recolectores;⁵ sin embargo, su condición temporal es dudosa, debido a la escasez de material que podría ase-

⁵ Es interesante percibir que estos grupos "primitivos" no abandonaron su modo de vida sino hasta mucho tiempo después, incluso sucedida la Conquista española, con lo que se dio un extraño ámbito de interacción con grupos humanos sedentarios o semisedentarios, y se fueron relegando hacia el norte a medida que se estructuraban los asentamientos hispanos.



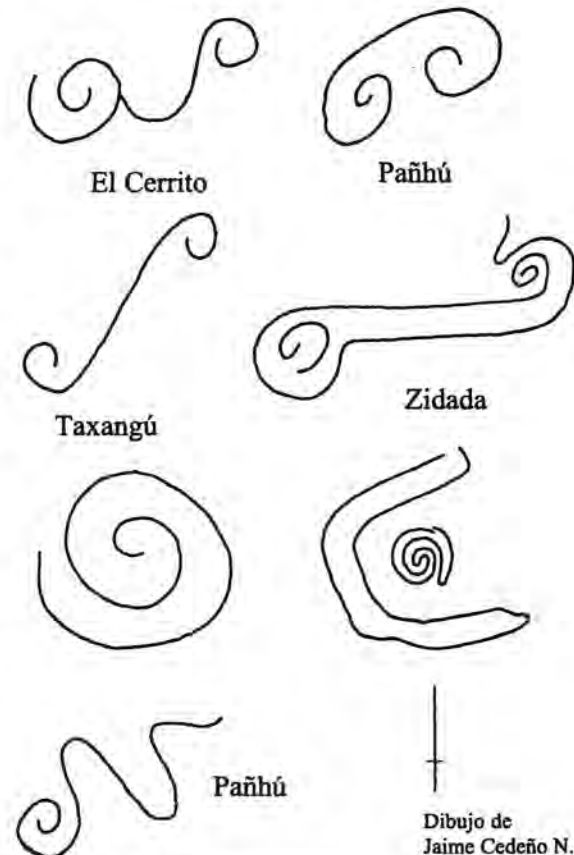
● Fig. 4 Sitio 246.
Abrigo Banzha,
Conjunto 3

gurarse prehistórico y a la ausencia de fechamientos que puedan asociarse directamente con estas representaciones. Aunado a esto, encontramos que los sitios en abrigos por lo general muestran una ocupación itinerante que contempla la reutilización del mismo espacio por sociedades ubicadas en planos culturales y temporales distintos, diferenciada en cierto modo por la transición entre el uso de cuevas como espacio doméstico y su más tardía revaloración exclusivamente como espacio sagrado y ritual.

Los sitios que podrían ser representativos de una ocupación por parte de grupos cazadores-recolectores traducen a nivel muy local el proceso de aprovechamiento de recursos. Se trata de yacimientos discretos de roca basáltica cuyas condiciones particulares constituyeron en el pasado un ambiente idóneo para la habitación estacional, pues están asociados con corrientes perennes que, en el pasado, abastecieron de agua al Valle. Una serie de abrigos, en ocasiones adaptados en su estructura natural para mejorar las condiciones de habitación, se concentran preferentemente en secciones que podrían describirse como en forma de herradura.

El material lítico fue ampliamente explotado, como lo demuestra la gran cantidad de lascas producto del desecho de talla y el abandono de objetos en proceso de manufactura o aparentemente terminados. Los elementos identificados varían en forma y función, y tienen una apariencia desde burda hasta muy elaborada. Es difícil analizar estos objetos de acuerdo con tipologías tradicionales, ya que puede observarse en algunos casos que la forma básica de

las herramientas y su acabado responden a las posibilidades del propio material. Se observa una constante reutilización de lascas, o una preparación de núcleos y extracción de lascas a partir de nódulos desprendidos aleatoriamente de la bóveda basáltica. El desprendimiento natural es común, a lo que se respondió con una explotación no sistemática basada en un proceso de selección y recolección de bloques superficiales (López Aguilar, en preparación).



● Fig. 5 Petroglifos en espiral s/e



● Fig. 6 Sitio No. 324. El Membrillo IX, Conjunto 1

La gran diversidad de técnicas empleadas y los motivos representados en la pintura mural que acompaña a los abrigos, se distribuyen en amplios paneles cuyo análisis nos lleva a intuir la presencia de población posiblemente anterior al Formativo. Las representaciones pictóricas al parecer se interrumpieron, o sufrieron pocas transformaciones, hacia la mitad del primer milenio después de Cristo, y fueron retomadas más tarde.

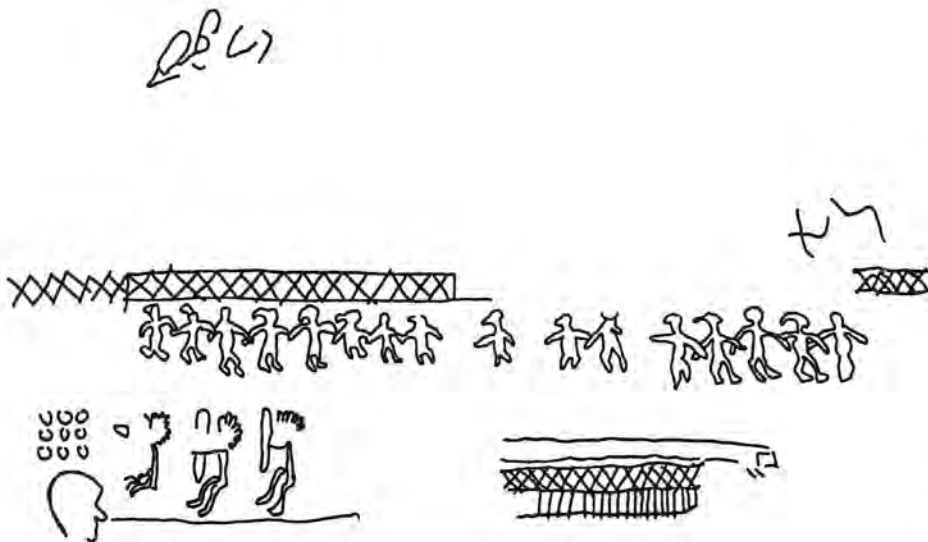
Aunque una de las muestras de ocupación amplia en el Valle del Mezquital la proporciona el estudio de la pintura rupestre registrada hasta ahora, la continuidad ocupacional es difícilmente rastreable por este medio. Para ciertos periodos la iconografía plasmada sobre roca permite una asociación cronológica indudable (tal es el caso de las épocas azteca y colonial), para otros, en especial para el Clásico, no existe evidencia o no ha sido detectada, quizá por el desconocimiento de los trazos locales comunes a este periodo o bien por una ausencia de actividad pictórica rupestre.

En contraste, es usual encontrar asociado a los sitios de ese momento (específicamente en los de filiación Xajay) representaciones en petro-

glifos. Su iconografía no comparte elementos realistas típicos de etapas posteriores, mucho menos un sistema basado en ideogramas, como ha sido el atribuido a grupos de filiación nahua, pero la simbología presente en el trabajo petroglífico sí se manifiesta esporádicamente en pintura rupestre. Se trata de complejos conjuntos de espirales y grecas que se distribuyen al parecer de manera aleatoria, generalmente en afloramientos rocosos aledaños a los sitios, formando así conjuntos mayores que rodean a los asentamientos monumentales de la época (fig. 5).

A nivel de pictografía, quizá como resultado de una expansión de población nahua hacia el área (a finales del primer milenio de nuestra era), emergieron símbolos y hubo un florecimiento ideográfico abundantemente representado en los conjuntos pictóricos del Valle del Mezquital. Para ese momento el espacio de representación se amplió, no limitándose a la existencia de abrigos, sino que se distribuyó en la mayor parte de las cañadas que descienden del antiguo volcán Hualtepec (fig. 3), donde los conjuntos registrados hasta ahora rebasan el ciento.⁶

⁶ En estos espacios, fuentes de agua y lugares de tránsito, el análisis de las pinturas está intentando integrar los conjuntos



● Fig. 7 Sitio No. 373. El Boye I. Conjunto 1

La mayoría de los motivos ha sido analizada a partir de un modelo comparativo de información etnohistórica y etnoarqueológica (Ochotoma, 1994), mediante el que se ha podido identificar de manera integral el discurso que subyace en varios de los conjuntos. Entre las escenas que destacan podemos mencionar aquella que resume la Conquista española (fig. 6); la representación de festividades que involucran danza y música (fig. 7); el Xocotlhuetzi (fig. 8), ceremonia dedicada a Otontecutli;⁷ el panteón otomí, con un claro culto al sol/padre y la luna/madre; la fauna y flora locales y los artículos (*i.e.* rodelas) que los pueblos de indios tributaban al imperio mexica durante su dominación.

Con el tiempo, la tradición pictórica rupestre en la zona transformó motivos y representó eventos distintos, reformando además un lenguaje cuya lectura incluye como parte fundamental el espacio físico.

con la idea de que toda una cañada constituye un mismo discurso, en dirección coincidente con el curso del agua, y no la suma de unidades aparentemente aisladas.

⁷ Estas escenas, a pesar de ser interpretadas por algunos autores (Viramontes, 1996:31) como "elementos pictóricos de recolectores cazadores", en realidad han sido ampliamente descritas en las fuentes históricas como parte del ritual otomí del Posclásico tardío.

IV

Una singularidad estuvo marcada entre los años 500 y 300 a.n.e., cuando sólo aparecen algunas trazas de las tradiciones Chupícuaro y Ticomán. Su presencia es trivial para comprender las dinámicas locales por su nula expresión en términos de asentamientos, aunque pudieron representar un ámbito de interacción entre los habitantes del valle y las regiones del Bajío y la Cuenca de México, respectivamente. Al menos eso parecen indicar las unidades de asentamiento de Tepeji del Río y de Cerro de la Cruz en San Juan del Río, como asentamientos ubicados en los confines de los atractores de los procesos dinámicos de intercambio (López Aguilar, 1994b; López Aguilar, 1998).

Poco tiempo después del inicio de nuestra era tuvo lugar una dinámica social importante. Paralelo al fortalecimiento del desarrollo teotihuacano en el centro de México, en la región noroeste del Mezquital se dio una reestructuración de los asentamientos humanos, tal vez como resultado de un proceso análogo al que para épocas posteriores narran las fuentes históricas sobre la fragmentación de un *altépetl*, a partir del desplazamiento de un grupo de linaje, la construcción de una idea de llegada y la sacralización de espacios para conformar una entidad autónoma (Schroeder, 1994).



El norte del valle comenzó a poblarse por grupos humanos provenientes, aparentemente, del norte del río San Juan y de la zona de Tequixquiapan (Santa Rosa Xajay y la Trinidad). Estos pobladores, que nombramos Xajay o Cultura de las Mesas, construyeron un ámbito circunscrito con vínculos hacia la zona del Bajío y con lo que más tarde se entendería como tradición cultural “coyotlatelco”: en sus circuitos de intercambio no disponían de los objetos y componentes instrumentales de la Cuenca de México, por ejemplo, obtenían la obsidiana de las fuentes locales y, cuando mucho, de Michoacán o trabajaron las materias primas disponibles en su territorio, como el basalto y el sílex para la manufactura de artefactos (López Aguilar, 1994).

Como complejo cerámico fue registrado por primera vez por Enrique Nalda (Nalda, 1975), pero en los recorridos efectuados entre 1988 y 1992 para cubrir el área poniente del Valle del Mezquital se detectaron cinco sitios mayores (Pañhú [Camino Caliente], Zethé [Agua Fría], Zidada [Nuestro Padre, Dios], Cerrito y Taxanghú [Casa Blanca]) (fig. 9) con una disposición de conjuntos arquitectónicos complejos, un patrón específico en la distribución habitacional y la creación de un estilo escultórico y cerámico propio; se identificaron su alcance territorial, los restos de unidades de vivienda, los antiguos terrenos de cultivo y su postura estratégica respecto a la explotación de recursos naturales.

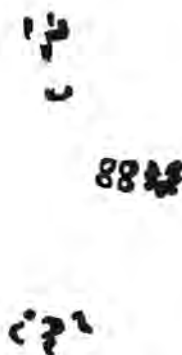


Fig. 8 Sitio No. 350. Mandodó Roca IV, Conjunto 2

A partir de esto se sabe que los Xajay se extendieron por la cuenca del Río San Juan y alcanzaron los actuales municipios de Tecozautla y Huichapan, en Hidalgo, y una fracción al sur de Querétaro. El desarrollo alcanzado por estos grupos es complejo y debe entenderse mediante una perspectiva particular y local muy ligada a las posibilidades ambientales, pues poblaron el semidesierto y aprovecharon especies como las yucas, nopales, mezquites, uña de gato (*xasni*) y garambuyos. Su agricultura se basaba en el cultivo de maíz (toluqueño), frijol y calabaza para la que aprovecharon los aluviones de los arroyos que en esa época tenían caudal permanente y que al parecer estaban cubiertos de ahuehetes en la parte del bosque de galería. Establecieron sus unidades domésticas en asociación con superficies terraceadas para retener el suelo y la humedad (López Aguilar y Morett, 1995).

Los conjuntos ceremoniales fueron ubicados en la cima de mesas orientadas al norte. Algunos autores⁸ defienden que esta elección responde a una estrategia defensiva. Por su ubicación cronológica y el uso del espacio arquitectónico observado a partir de las exploraciones arqueológicas, la localización y orientación de las es-

⁸ Algunos autores basados en consideraciones demasiado simplistas sobre los problemas de las fronteras, ya que uniformizan cronológicamente a sitios de temporalidades distintas y que proceden de tradiciones culturales diversas, carecen de cobertura en la prospección que les permita dar apoyo a sus prejuicios tomados de citas de autoridad, lo que constituye una falacia (ver por ejemplo: Viramontes, 1996).

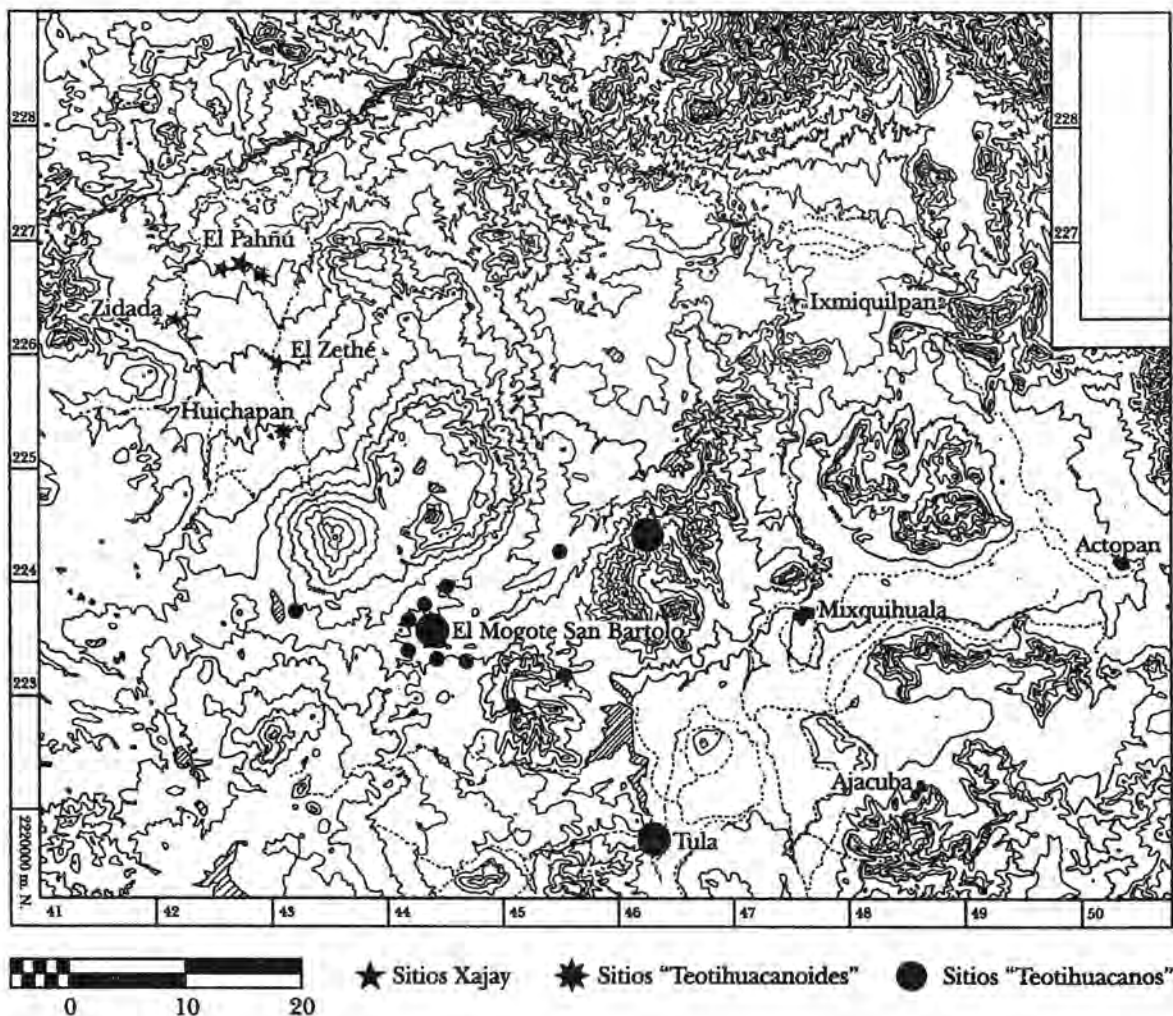
estructuras (Cedeño, 1997) responde a una sacralización del espacio ceremonial.

Los resultados obtenidos mediante la excavación de dos de ellos (El Pañhú, en Tecozautla y El Zethé, en Huichapan), permiten asegurar una ocupación continua que inicia hacia el siglo V de nuestra era y se extiende hasta el siglo X, durante el que fueron abandonados de manera paulatina.

Si un aspecto destaca de los sitios Xajay es que el conjunto funcionó de manera articulada (Morratt, 1996), desempeñando como unidad sus funciones y respuestas. Si bien se aprecia una ligera variación temporal en la construcción y

ocupación de los sitios, la somera jerarquización que asignaría mayor "importancia" a unos sobre otros, corresponde principalmente a la magnitud del espacio ceremonial y a la extensión total del área habitacional relacionada con cada uno de ellos, que puede deberse a diferencias locales de abundancia de recursos y terreno, y a la elección de un espacio privilegiado dentro de la generalidad de espacios disponibles, como es el caso de El Pañhú y Zidada, los más antiguos.

La capacidad de acción de cada uno de los sitios se sitúa, entonces, al mismo nivel, quizá contemplando una categorización zonal y no una escala donde un asentamiento se mani-



fiesta en poder, posibilidades, capacidad decisiva y dominante, por encima de los demás. Sólo destaca una diferencia: con excepción del Pañhú, que tuvo un patrón de asentamiento nucleado, los pobladores de los otros centros se encontraban dispersos sobre las planicies, debajo de las mesas donde se ubicaban los lugares de culto y ritual.

El tipo físico de los pobladores estaba vinculado con el de los habitantes del centro de México, mientras que entre los sacrificados, desmembrados para algún ritual y tal vez con huellas de canibalismo, había población foránea, posiblemente cazadores recolectores del norte, acaso de la Sierra Gorda. Entre ellos, los infantes mostraban mutilación dentaria del más clásico estilo teotihuacano (Hernández, 1997).

Pese a que arquitectónicamente las estructuras monumentales Xajay comparten ciertos rasgos con algunos centros contemporáneos, como es la adopción del talud —tablero o la distribución de los edificios en torno a una plaza, suponemos que no se trata de “oleadas de influencia” unilateral resultado de una incidencia determinante por parte de grupos foráneos y poco comprensible en el marco del conocimiento actual, sino que lo hemos interpretado como un recurso estilístico de la época para los espacios sacralizados, una mimesis comprensible en tanto se interpreta la existencia de una frontera teotihuacana— Xajay a lo largo del cerro Hualtepec.

Para profundizar en este sentido, es importante transportarnos al Valle del Marqués, en el municipio de Chapantongo, donde se percibe la expansión de grupos provenientes del Altiplano Central cuyos asentamientos muestran una clara filiación teotihuacana. Tal es el caso de El Mogote San Bartolo y el Cerrito Huizachal, que junto con Chingú y otros asentamientos localizados en el área de Ajacuba (López Aguilar [coord.], 1994), hacen suponer que los teotihuacanos se introdujeron al Valle del Mezquital desde el sur y el oriente hasta alcanzar las fértiles planicies pobladas entonces de bos-

ques de pino-encino que cubrían las laderas australes del cerro Hualtepec y que formaban parte de la cubierta boscosa del Valle del Mezquital que abarcaba prácticamente desde Chapantongo, Santa María del Pino, Tepetitlán, Macuá, Acaxuchitlán y llegaba hasta Jilotepec y Chiapa de Mota (López Aguilar [coord.], 1994).

Al parecer el proceso es tardío en relación con las fundaciones Xajay (tal vez *ca.* del año 300 d.n.e.) y se realizó desde Chingú, rodeando el cerro Moctezuma por el oriente hacia Tepetitlán, Chapantongo y el Huizachal, y por el occidente desde Macuá hasta San Bartolo y sus dependencias en Nopala. Más allá de este umbral, los teotihuacanos no tienen presencia en el Valle del Mezquital (fig. 9) y su avance norteño pudo estar acotado, tanto por variables internas a este sistema social, como por la presencia del desarrollo regional Xajay.

La relación entre los grupos Xajay y los asentamientos teotihuacanos norteños implicó un espacio social y un territorio fronterizo de interacción que al parecer fue excluyente (López Aguilar, 1997), pues no se encuentran evidencias materiales entre sus mutuos asentamientos, a pesar de ser contemporáneos y estar a no más de 30 km en línea recta. La única anomalía existente es la presencia de pequeños case-ríos con cerámica que ha sido llamada “teotihuacanoide” asentados en las cercanías de los manantiales de San José Atlán.

La distancia entre ellos era cultural con fundamento en la disparidad de historias, en donde los teotihuacanos formaban parte de las dependencias limítrofes de un sistema extenso, vertical, con asentamientos nucleados y atractores hacia la Cuenca de México, mientras que lo Xajay era un sistema poco jerarquizado y con atractores hacia el Bajío: se trataba de una amplificación por recursividad y reiteración, de un proceso insinuado 900 años antes.

Los sitios teotihuacanos fueron abandonados rápidamente, antes del año 500, mediante un proceso de desacralización que significó la ex-

tracción de los difuntos y el incendio de la zona ceremonial, sin un proceso de invasión externa. A semejanza de la caracterización de los *altepeme*, consideramos que existió una autosimilitud de los procesos de construcción de independencias locales que se iniciaban con los linajes y en las fronteras del sistema. Dos fractales están involucrados uno dentro del otro, la “bifurcación” (para el proceso en el tiempo) y “lagos e islas” (para el proceso en el espacio) (Shroeder, 1991). La resonancia y la mimesis hacían que el proceso adquiriera un carácter sincrónico para ciertas localidades y los linajes emigraran hacia nuevos lugares aunque no muy lejanos de su lugar original y reprodujeran la fundación.

Una nueva entidad se fundó en Chapantongo, en una zona de abundantes manantiales y bosques, tal vez sobre un asentamiento preexistente. En el “Epiclásico” del centro de México, a estas independencias locales generadas al parecer por eventos muy disímbolos, algunos arqueólogos las hemos homologado bajo el término *coyotlatelco*. La bifurcación del sistema teotihuacano significó para la zona el incremento de las jerarquías locales y un decremento de las globales. Los grupos Xajay sobrevivieron a este colapso.

V

La presencia del fenómeno coyotlatelco se ha explicado arqueológicamente a partir de varias hipótesis. Nosotros coincidimos en ciertos aspectos con Braniff, quien menciona que se originó durante el Clásico en la región de Guanajuato-Querétaro, descendiendo hacia los Valles Centrales de México, en especial hacia Tula (Braniff, 1996:118); no negamos que en su tránsito fueron gestándose diferencias que más tarde se plasman en el patrón de su distribución y en sus manifestaciones estilísticas, pero este fenómeno puede ser comprensible, en el ámbito del Mezquital, al gestarse un proceso de interacción con el sistema Xajay, en contraste con lo que ocurrió en el periodo anterior. Así, la ampliación de las fronteras posibilitó el

arribo de materiales de la región de Guanajuato-Querétaro y el occidente (fig. 10).

Los coyotlatelco no disponían de bienes ni productos como la obsidiana verde, que eran redistribuidos por el sistema teotihuacano. El énfasis de uso y aprovechamiento se revirtió hacia las materias primas locales y por la constante presencia de azuelas es factible que se intensificara la extracción de la fibra del maguey (para la fábrica de cordeles y ayates).

Su ámbito de acción territorial se redujo sensiblemente, los intercambios entre las entidades autónomas fueron intensos pero es difícil afirmar si se generó o no una situación de violencia, circunstancial o crónica, tal vez, como señalan las fuentes para la época tolteca (*i.e. Códice Chimalpopoca*), por conflictos de linderos. Quizás éstas fueron las tensiones que llevaron al abandono de los centros ceremoniales Xajay alrededor del siglo X (López Aguilar [coord.], 1994), en lo que aparenta ser un proceso sincrónico —en tiempos arqueológicos— con los coyotlatelco.

A diferencia del abandono de los asentamientos teotihuacanos, en los xajay y en los coyotlatelco no encontramos una evidencia clara de desacralización. El resultado pudo ser la dispersión de la población campesina hacia nuevos lugares de asentamiento en sus mismas localidades, o el desplazamiento de sus grupos de linaje, hacia el nuevo polo atractor, ahora dentro del Valle del Mezquital en la confluencia de los ríos Rosas y Salado: Tula.

La fundación tolteca retomó las diversidades previas y creó nuevas, por lo que no es de extrañar que en los enclaves toltecas (Macuá, Sayula, Monte Albán, Sabina Grande, Vitejé, La Herradura, Mandó y El Fraile) (fig. 11), reubicados en torno a manantiales y sobre laderas de pendiente suave, convivan de cierta forma las corrientes de las que habla Braniff (1996:118), las cuales unieron en tres direcciones al norte de México con el centro. Como resultado se crearon redes de intercambio hasta sistemas muy distantes.

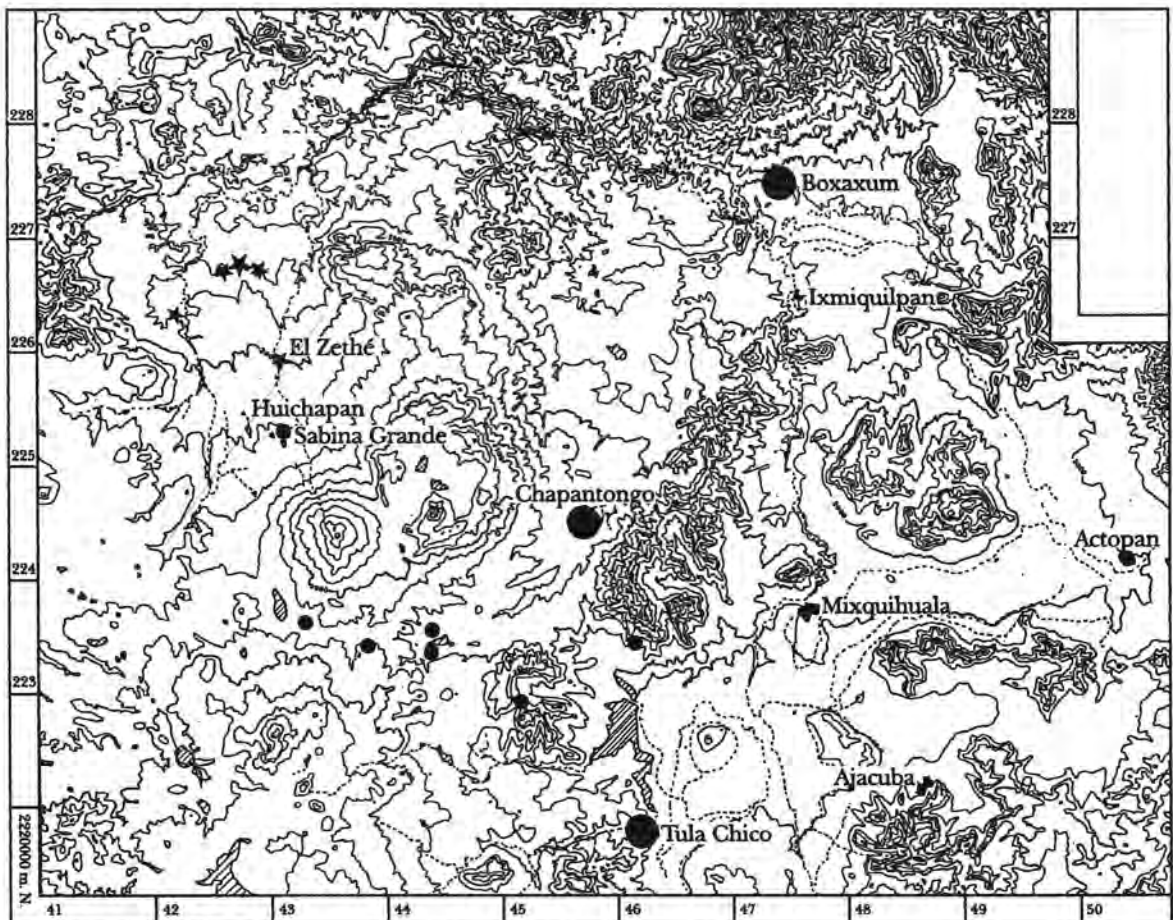
Prueba de ello es la presencia de concha, jade y turquesa en un contexto ofrendario excavado en uno de estos sitios (López Aguilar, 1994; López Aguilar, en preparación).

Una consecuencia del proceso de atracción que Tula requirió para su consolidación como sistema fue la nucleación de los asentamientos, lo que representó un descenso en la cantidad de sitios, pero un aumento en su densidad poblacional (López Aguilar, 1994b). La abundancia de sitios se recuperó, años después, con la presencia azteca.

El sistema tolteca, desde esta lectura de la evidencia arqueológica regional, significó una "bifurcación inversa" que implicó la integración,

el incremento de los niveles de jerarquización y de control territorial y la reorganización formada por la coalición o alianza de grupos que estaban asentados en los sistemas menores.

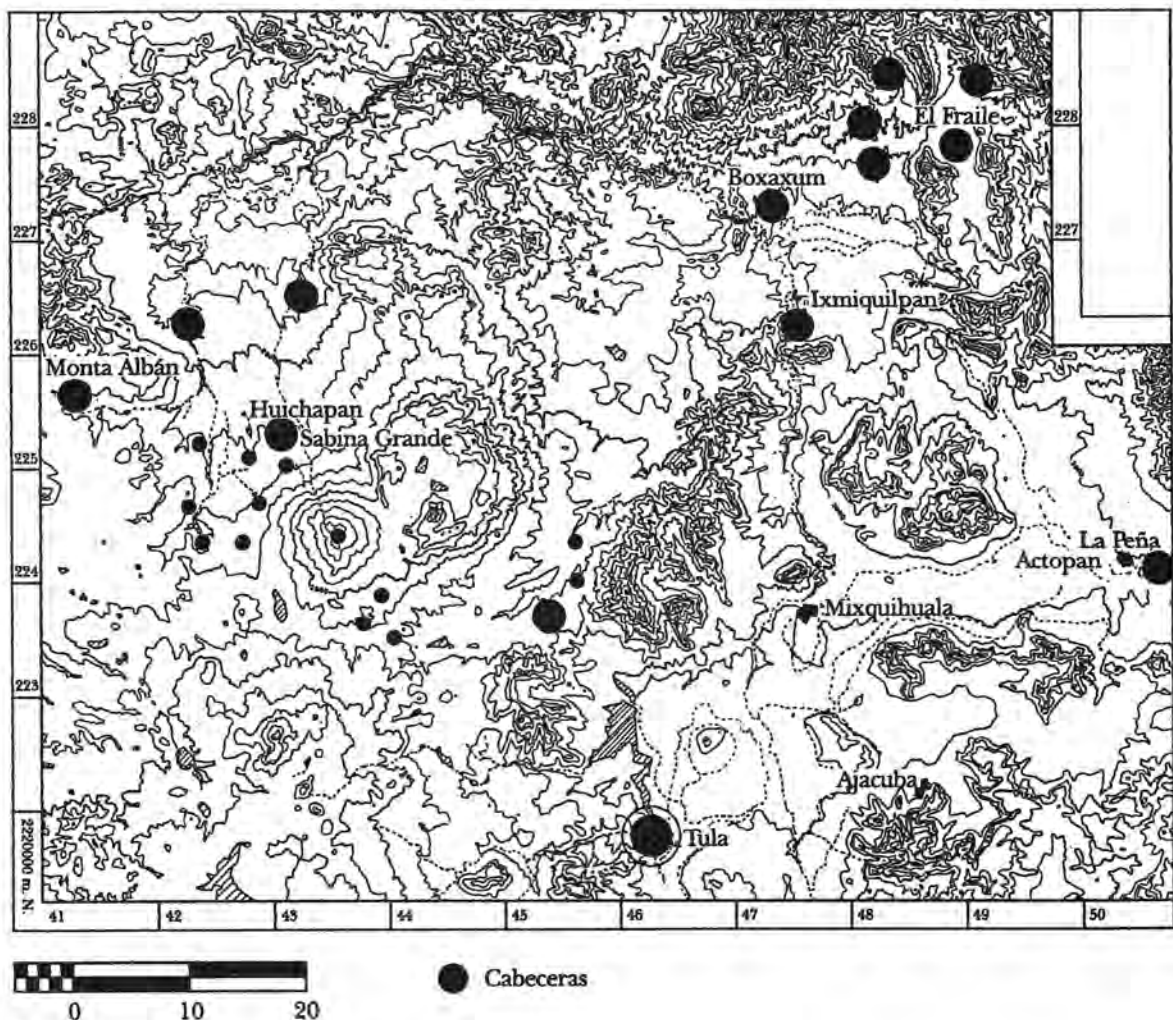
A partir de su descripción en las fuentes, el colapso tolteca parece ser resultado de un proceso de fractura que implicó una nueva movilización de los grupos de linaje. No es nuestro objetivo profundizar en ello, pues el contexto arqueológico ha sido limitado para permitir, hasta ahora, la construcción de un esquema explicativo. Como ejemplo se puede citar el aparente saqueo del Tlahuizcalpantecuhtli y el incendio de su palacio anexo, lo que se ha interpretado como resultado de un acto de invasión-destrucción. El descubrimiento de que



★ Sitios Xajay

● Sitios "Coyotlatelco"

© Fig. 10 Frontera Xajay-Coyotlatelco



● Fig. 11 Sitios Toltecas

este proceso no se generalizó hacia el área habitacional, al menos en lo que demuestra la evidencia arqueológica (Davies, 1977), debería hacernos pensar en otros factores como el de la desacralización del espacio ritual, análogo a lo que sucedió en otras ciudades prehispánicas. Esta consideración obligaría a la búsqueda de respuestas a otro nivel, precisamente enfocadas a conocer el destino que tuvieron los pobladores de entonces y el haz de relaciones a que dio lugar el nuevo panorama regional, para lo cual la información en fuentes históricas dista mucho de lo que testimonia la evidencia material.

Nuestro intento se centra en matizar el cambio, observado como abrupto a nivel arqueológi-

co, que dicha ruptura representó en la distribución de los asentamientos humanos en nuestra región, los cuales fueron sustituidos hacia el Posclásico tardío, momento en el que se introduce una nueva tradición material: la azteca.

VI

La rápida aparición del material azteca en el contexto arqueológico hace invisibles los procesos que las fuentes históricas narran para los periodos posttoltecas: no es evidente la distinción tepaneca, xaltocana o nonohualca, así como los ámbitos de pertenencia hacia sistemas de provincias, *altepeme*, guerras y tributos, o la presencia misma del hñahñú.

Nuestra visión relacionada con el comportamiento de esta distribución parte de retomar algunos sucesos narrados en las fuentes con la finalidad de recrear una dinámica que dé coherencia a la expansión postolteca en el Valle del Mezquital, y permita la búsqueda de diferencias sutiles en el material arqueológico, el cual a primera vista se comporta de manera homogénea.

Creemos que el proceso de expansión del llamado imperio mexica tuvo una dirección de sur a norte, y que la dinámica de ruptura en las fronteras se aplicaba como una estrategia de avance hacia la conquista de nuevos territorios y provincias independientes, aprovechando el recurso conocido de la “fundación”.

Los *altepeme* fronterizos construyeron un territorio alargado con sujetos en la parte extrema que sirvieron de enclaves para que, en el momento oportuno de su propia independencia y erección en *altépetl*, controlaran un territorio también alargado con fundaciones en los extremos más norteños. Acotar el territorio original permitía ampliar los términos de control desde una cabecera autónoma. Ése parece que fue el modelo y que, como fractal, se relaciona con el de islas y lagos por pertenecer a los que explican la difusión (López Aguilar, 1997).

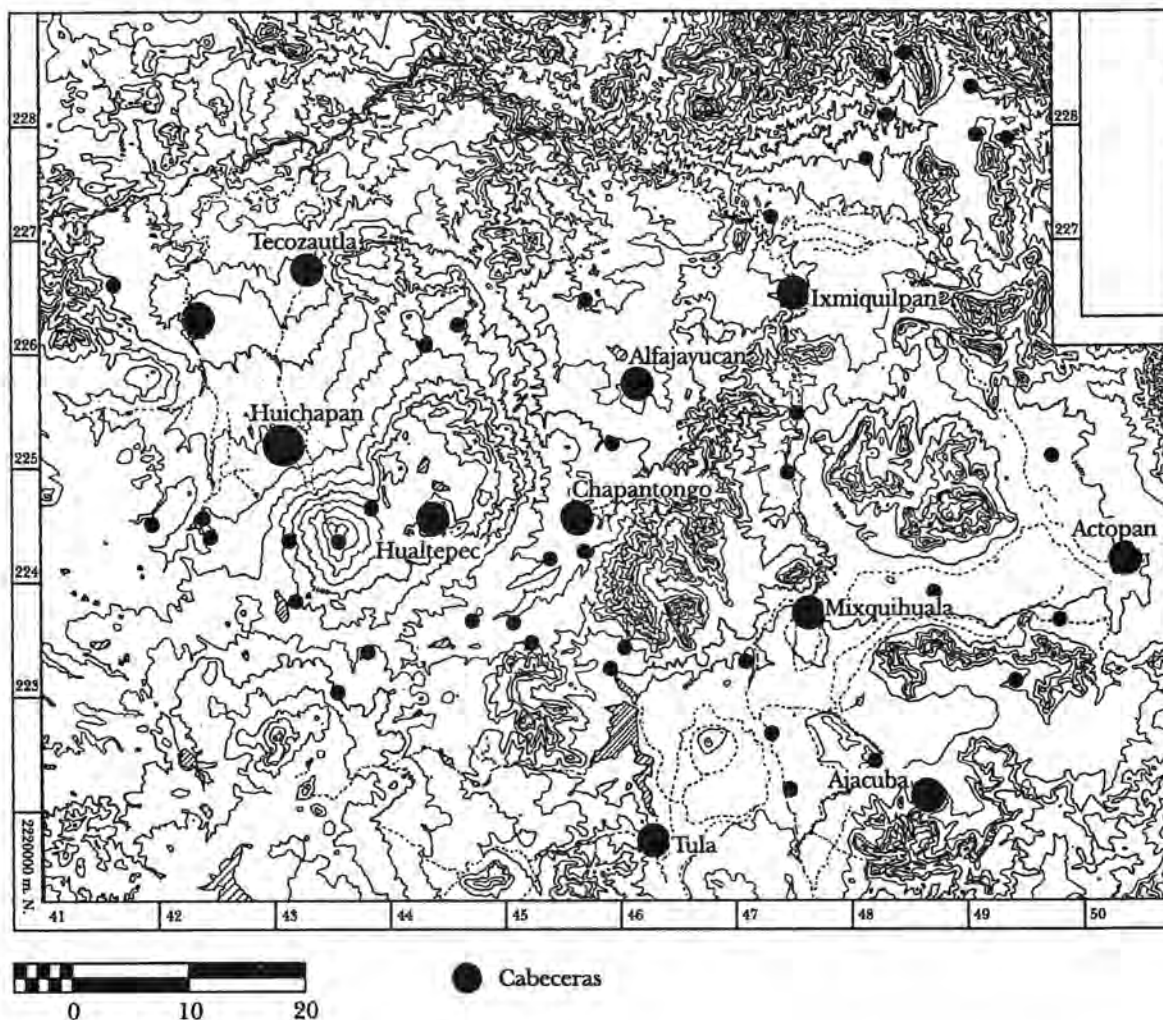
En el caso de la propagación mexica en la región, algunos rasgos y variables son claros. El desplazamiento de los asentamientos mexicas ocurrió de manera uniforme y “controlada” en función de la orografía, y se pueden observar rutas bien definidas. Desde la región de Chantongo, probablemente en la ladera norte del cerro Moctezuma, la primera sigue el “corredor de Alfajayucan”, el cual está delimitado por la cuenca de este río (la caldera del Hualtepec por una vertiente y, la otra, con el cerro Xithí, que es el más sureño de esta barrera); por aquí, los sitios siguen un patrón hacia el norte, hasta la encrucijada Ixmiquilpan-Jonacapa. Probablemente se eligiera esta última con la finalidad de coincidir con la segunda trayectoria, del sur de la caldera del Hualtepec hasta Nopala, de ahí rumbo a Huichapan y pos-

teriormente Tecozautla. Para entonces, la expansión de Alfajayucan rebasó Jonacapa y los sitios aztecas se dispersaron en toda la región. El nudo volcánico del Hualtepec fue rodeado y controlado por la nación mexica, la cual comenzó a extenderse nuevamente, esta vez hacia el valle de San Juan del Río. Aparentemente, la mecánica expansionista consistió en aislar una región deseada, rodeándola de asentamientos fundados a partir de un centro importante en los límites colindantes de los territorios claramente mexicas; una vez definida y delimitada la región, se podía producir una “colonización” de ese territorio, cuyos asentamientos ya interactuaban con los sitios mexicas.⁹ En el caso del Mezquital, la pluralidad de sitios de origen, localizados en las latitudes de Jilotepec, Atotonilco, Ajacuba y Hueypuxtla creó un desplazamiento que siguió las cuencas de los ríos como el Tula (hasta llegar a Ixmiquilpan) y por las tierras áridas de Actopan y Yolotepec, al oriente del Valle (fig. 12).

Para este momento, la totalidad del Mezquital se insertó en un ámbito suprarregional de intercambios gestados por un sistema de alta jerarquización.

Un nuevo orden se estableció en la región, de forma tal que algunos documentos hablan de la existencia de cabeceras duales (que tal vez implique dos *tlatoani*), al final del periodo azteca: Tepeji y Otlazpa, Actopan y Tenantitlán, Ixmiquilpan y Tlazintla, casi todas en una relación de conflicto, tal vez originado por la nueva historia. Para todos los casos documentados, una parte era hablante de náhuatl y la otra de otomí (López Aguilar, 1997). El hecho de que un sitio previo haya sido chichimeca, tepaneca, nonohualca o que sus pobladores fueran hablantes de otomí o de otra lengua, pudo ser importante para el inicio del sistema pues estableció,

⁹ Una de las estrategias pudo ser la de la colonización por medio de familias notables como la Moctezuma cuya presencia puede ser detectada desde Tula hasta el norte de Jonacapa por Alfajayucan. En Tula existieron las casas de esta familia y existen descendientes en Alfajayucan y Nintí (Francisco Luna Tavera, comunicación personal, 1997).



© Fig. 12 Sitios Aztecas

en gran medida, la dirección que tomó el proceso, pero no determinó el resto de su historia.

VII

Sin adentrarnos a la discusión sobre la validez del término Mesoamérica, del cual hemos intentado prescindir en este texto, vale la pena preguntarse cómo encajaría nuestra región de estudio en ese esquema. Es claro que algunas de las características en las que se apoyan comúnmente quienes siguen esta clasificación, son la historia común y la adopción de la agricultura.

Muchas veces empleada como sinónimo de desarrollo, que hace equivalente su surgimien-

to y especialización a periodos progresistas en la historia de la humanidad (Matos, 1994:65), la condición agrícola de los pueblos pareciera ser siempre resultado de la adopción de mejores condiciones de vida. En el Mezquital no parece ocurrir de la misma manera. La opción agrícola existió y sólo fue tomada por algunos de sus habitantes, permaneciendo otros con un medio de subsistencia basado en la apropiación y el nomadismo, con un límite borroso entre una estrategia y otra. Sabemos que los grupos que eligieron alguna de estas opciones coexistieron y ahora se considera que sostuvieron una relación de mutua cooperación o por lo menos, no conflictiva (Nalda, 1996:261-264). A esto se suma el hecho de que ciertas comunidades de

filiación otomí, sobre todo aquellas que se asentaron sin trascender el septentrión del Altiplano Central, traspusieron constantemente los límites entre ambos extremos de modos de subsistencia, adecuando oportunamente uno y otro.

Esta versatilidad se debe y permite a la vez la recepción de cambios culturales y ambientales, sin que esto resulte forzosamente en el abandono territorial o en el colapso social; permite, además, explotar de manera adecuada y diferencial un mismo medio. La "frontera agrícola" de la Mesoamérica tradicional no considera estas fluctuaciones, por su carácter bivalente.

No es extraño, entonces, que ante la elección de una estrategia agrícola haya una respuesta diferencial en las sociedades cuyo medio, a pesar de las microvariaciones, presentaba una capacidad similar. Esta estructura flexible obliga a repensar la interacción que pudieron sostener los grupos humanos y cómo la Conquista se volcó en su rompimiento, construyendo, ahora sí, una frontera dura que tuvo como consecuencias el abandono de algunos sitios y su concentración más allá de los límites de Tecozautla. La fortificación de los asentamientos coloniales (San Miguel Caltepanitla, Huichapan, Zimapán, Tecozautla y San Juan del Río), se debió a que algunos grupos conservaron su noción de territorio como algo vasto y cambiante de acuerdo con las necesidades estacionales de supervivencia y respondieron violentamente a la intrusión hispana (Powell, 1977).

Es curioso que dentro de la clasificación tradicional sólo una porción de la población total del Mezquital podría considerarse "mesoamericana". De esta forma el problema no se centra, a nuestro entender, en si existe o no un territorio cuya población, a pesar de sus innumerables diferencias y similitudes, pueda ser referida con el mismo nombre, sino en la concepción bivalente que explica un complejo multicultural, multiambiental y multiétnico como homogéneo. Al interior de "Mesoamérica" pueden encontrarse espacios "no mesoamericanos"

y viceversa. Una región fronteriza como el Valle del Mezquital es un ejemplo claro de este tipo. La condición de frontera no existe sólo en los límites al exterior de un área, sino que pueden surgir, y de hecho surgen, espacios fronterizos y de vacío o discontinuidad, al interior.

Al observar las múltiples variaciones que surgieron espacial y temporalmente entre los grupos que poblaron el Valle del Mezquital, es claro que intentar develar la historia de una etnia a partir de un modelo determinista, nos enfrentaría con un obstáculo insalvable: pensar en un inicio común para derivar en un pasado común, un presente común... una historia común, deja de lado la comprensión de cómo fueron integrándose las diversidades como parte fundamental del arraigo humano a un sentimiento de pertenencia, como lo representa, en la actualidad, el ser hñahñú.

bibliografía

- Allen, Peter M., Guy Engelen y Michéle Sanglier
1996. "La evolución de las colectividades humanas", en Jean Pierre Brans, Isabelle Stengers y Phillippe Vincke, *El tiempo y el devenir a partir de la obra de Ilya Prigogine. Coloquio de Cerisy*, Barcelona, Gedisa, pp. 37-49.
- Armillas, Pedro
1964. "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica", en *Homenaje a Fernando Márquez Miranda*, Madrid, Publicaciones del Seminario de Estudios Americanistas y del Seminario de Antropología Americana.
- Barker, Phillip
1977. *The Techniques of Archaeological Excavation*, Nueva York, Universe Books.
- Brambila, Rosa
1996. "La delimitación del territorio en el México prehispánico y el concepto de frontera", en Ana María Crespo y C. Viramontes (coords.), *Tiempo y Territorio en Arqueología. El Centro-Norte de México*, México, INAH (Científica, 323) pp. 15-21.
- Braniff, Beatriz
1974. "Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana", en Bety Bell (ed.), *The Archaeology of West Mexico*, Guadalajara, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, pp. 40-50.
- 1994. "La frontera septentrional de Mesoamérica", en Linda Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia Antigua de México*, vol. I, México, CNCA-INAH-UNAM, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, pp. 113-143.
- Brown, Roy B.
1992. *Arqueología y Paleoecología del Norcentro de México*, México, INAH (Científica, Serie Arqueología).
- Cedeño, Jaime
1997. *Espacio y Tiempo en las Sociedades Prehispánicas. El Caso de la Cultura de las Mesas*, tesis de licenciatura en arqueología, México, ENAH.
- Códice Chimalpopoca. *Anales de Cuauhtitlán y leyenda de los Soles*
1975. Traducción de Primo Feliciano Velázquez, México, UNAM.
- Davies, Nigel
1977. *The Toltecs Until the Fall of Tula*, Oklahoma, University of Oklahoma Press.
- González Quintero, Lauro
1968. *Tipos de Vegetación del Valle del Mezquital, Hgo.*, México, INAH (Paleoecología, 2, Departamento de Prehistoria).
- Hernández, Patricia
1997. "La Ofrenda del Zethé y los restos humanos del Pahñú. Algunos comentarios", México, ENAH, inédito.
- Ibáñez, Jesús
1993. "El centro del caos", en *Archiipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 13, Barcelona, pp. 14-26.
- López Aguilar, Fernando
1994a. "El Proyecto Valle del Mezquital. Una propuesta metodológica", en Enrique Fernández (coord.), *Simposium sobre Arqueología en el Estado de Hidalgo. Trabajos recientes, 1989*, México, INAH (Científica, 282), pp. 95-111.
- 1994b. "Historia prehispánica del Valle del Mezquital", en Enrique Fernández (coord.), *Simposium sobre Arqueología en el Estado de Hidalgo. Trabajos Recientes, 1989*, México, INAH (Científica, 282), pp. 113-124.
- 1997. *Símbolos del Tiempo. Los Pueblos de Indios del Valle del Mezquital durante la Colonia*, tesis de doctorado en Historia, México, UNAM.

1998. "Los espejos de la identidad. Una lectura desde la arqueología del Valle del Mezquital", Conferencia Magistral dictada en el *Segundo Coloquio de Otopames*, México, Museo Nacional de Antropología e Historia, 29 de enero de 1998.
- López Aguilar, Fernando (coord.)
1994. *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Quinta Temporada de Trabajo de Campo*, México, ENAH-Gobierno del Estado de Hidalgo-CONACYT.
1997. *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Séptima Temporada de Trabajo de Campo*, México, ENAH.
- s.f. *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Octava Temporada de Trabajo de Campo*, México, ENAH, en preparación.
- López Aguilar, Fernando, P. Fournier García y C. Paz Bautista
1988. "Contextos arqueológicos y contextos momentos. El caso de la alfarería otomí del Valle del Mezquital", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 18, México, pp. 99-131.
- López Aguilar, Fernando y P. Fournier García
1990. *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Tercera Temporada de Campo: 1989*, México, ENAH.
- López Aguilar, Fernando y Ma. Antonieta Viart
1993. "Etnicidad y arqueología. Una reflexión sobre las investigaciones en el Valle del Mezquital", en *Cuicuilco*, núm. 33/34, México, pp. 103-108.
- López Aguilar, Fernando y Guillermo Bali
1995. "Mesoamérica, una visión desde la teoría de la complejidad", en *Ludus Vitalis*, núm. 5, México, pp. 83-102.
- López Aguilar, Fernando y Luis Morett
1995. *Proyecto Valle del Mezquital. Pahñú (Camino Caliente). Propuesta de Apertura Condicionada. Proyecto al Consejo de Arqueología*, México, INAH.
- López Aguilar, Fernando y Miguel Ángel Trinidad
1987. *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Primera Temporada 1985-1986*, México, ENAH.
- Matos Moctezuma, Eduardo
1994. "Mesoamérica", en Linda Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia Antigua de México*, vol. I, México, CNCA-INAH-UNAM, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, pp. 49-73.
- Morett, Luis
1996. "El desarrollo regional Xajay en el poniente del Valle del Mezquital", Ponencia presentada en el *II Coloquio de Historia Regional*, Pachuca.
- Nalda, Enrique
1975. *UA San Juan del Río: Trabajos Arqueológicos Preliminares*, tesis de maestría en arqueología, México, ENAH-UNAM.
1996. "La frontera norte de Mesoamérica", en Sonia Lombardo y Enrique Nalda (coords.), *Temas Mesoamericanos*, México, INAH-CNCA (Obra Diversa), pp. 255-278.
- Ochatoma Paravicino, José Alberto
1994. *Cosmología y Simbolismo en las Pinturas Rupestres del Valle del Mezquital*, tesis de maestría en arqueología, México, ENAH.
- Petitot, Jean
1996. "Ni siquiera un ángel (El problema del surgimiento de lo descriptible a partir de lo indescriptible)", en Jean Pierre Brans, Isabelle Stengers y Phillippe Vincke, *El Tiempo y el Devenir a partir de la Obra de Ilya Prigogine. Coloquio de Cerisy*, Barcelona, Gedisa, pp. 333-344.
- Powell, Phillip W.
1977. *La Guerra Chichimeca (1550-1560)*, México, FCE.

- Prigogine, Ilya
1996. "¿Un siglo de esperanza?", en Jean Pierre Brans, Isabelle Stengers y Phillippe Vincke, *El Tiempo y el Devenir a partir de la Obra de Ilya Prigogine. Coloquio de Cerisy*, Barcelona, Gedisa, pp. 163-191.
- Raffestain, Claude
1986. "Eléments pour une théorie de la frontière", en *Diogene*, París, pp. 3-21.
- Renfrew, Colin y Eric V. Level
1979. "Exploring dominance: Predicting politics from centers", en Colin Renfrew y Kenneth L. Cooke (eds.), *Transformations. Mathematical Approaches to Culture Change*, Nueva York, Academic Press.
- Schroeder, Manfred
1991. *Fractal, Chaos, Power Laws. Minutes From an Infinte Paradise*, Nueva York, W. H. Friedman and Co.
- Schroeder, Susan
1994. *Chimalpahin y los reinos de Chalco*, México, El Colegio Mexiquense, Ayuntamiento Constitucional de Chalco.
- Villaseñor y Sánchez, Joseph
1952. *Theatro Americano, Descripción de los Reynos y Provincias de Nueva España y sus Jurisdicciones*, México, Editora Nacional.
- Viramontes Anzures, Carlos
1996. "La conformación de la frontera chichimeca en la marca del río San Juan", en Ana María Crespo y C. Viramontes (coords.), *Tiempo y Territorio en Arqueología. El Centro-Norte de México*, México, INAH (Científica, 323), pp. 23-35.